

Por qué habeis enemistad
Con quien nunca os ha dejado?
Por qué dais tanto pesar
A mí que os he deseado?
No me acabeis de matar,
Porque viva mas penado;
Déjame primero ver
Aquella que lo ha causado,
Que bien muestra ser mujer
Segun venis fatigado,
Que vuestro poco reposo
Dice qu'estáis lastimado,
Como está el toro en el coso
Reciamente garrocheado.
No me cubraís lo que veo,
Pues venís tan mal tratado,
Con la yerba del deseo
Tan mortalmente llagado.
Decidme : ¿quién os birió?
Quién así os ha salteado?
No me lo encubrades, no,
Que me teneis sepultado.

Responde el Cuidado.

No te lo quiero encubrir
Ni tenéte lo encelado :
Yo te lo quiero decir
Pues en ti está aposentado.
En el corazon t'escribo
Todo lo que has preguntado,
Y digo qu'eres cativo
De una que te ha cautivado;
Y aunque sufras mas dolores
Por ella, es bien empleado,
Que pena tal en amores
Es alivio descansado.
Esto basta por respuesta
De lo que me has demandado,
Y ten siempre la fe puesta
En la que me ha acrecentado.
Sufré, pena, y sey leal,
Que serás galardonado,
Que no tienes otro mal
Son qu'estás enamorado.

(Cancionero de romances.)

1397.

(Anónimo.)

Aquejándome el dolor
De tristeza que tenía,
Salíme de la ciudad
Por ver si me alegraría.
Metíme en una arboleda
Porfiando mi porfia,
Donde vide muchas fuentes
Corriendo del agua fría,
Y cercado de laureles
De mucha toronja y cidra,
De jazmines y azucenas,
De flores donde salía
Un olor maravilloso
Que consuelo me ponía :
Estando en esta arboleda
Donde tal música había,
De mil aves diferentes
Que hacen dulce armonía.
Y hablé esto así,
Muerto en el suelo caía.

(Cancionero de romances.)

1398.

(Anónimo.)

En un valle muy obscuro,
Do ninguno parecía,
Me hallé una mañana
Ya que el sol nacer quería.

Cansado de caminar
Me senté en la tierra fría;
Cercado de mil cuidados
El corazon me dolía.
Deseaba ver alguno
Con quien me consolara,
Que me dijese qué tierra
Era aquella en que yacía.
No sabiendo qué hacer
Ni por dó seguir mi vía,
Pensando en mi triste suerte
Allí dormido me había,
Porque el trabajo pasado
Fácilmente me venía.
Yo reposando en mi sueño
Una dueña á mi venía,
Su rostro resplandeciente
Mas que cuantos visto había;
De paños de oro y de seda
Muy ricamente guarnida;
Una arpa en las sus manos,
Cantaba al son que tañía.
Luego el sueño me dejó,
Tanta era su melodía;
Doncellas la acompañaban,
Hermosas en demasia;
En sus cabezas guirnaldas,
Que verlas era alegría.
Desque llegó do yo estaba
Con hermosa compañía,
Hablóme la mayor d'ellas,
D'esta manera decía :

— ¿Qué haces aquí, mancebo,
Tan triste? Di, ¿dónde ibas?
¿Quién te encaminó á esta parte
A do muy pocos venían?
El camino has, cierto, errado,
Ansi es como yo decía;
Levanta y sigue mis pasos,
Que yo te encaminaria
Por do vayas descansado
Y vivas toda tu vida
En placeres muy contento;
Haré lo que prometía.

Detras del valle en que estamos
Mis aposentos verías,
Los mas frescos y mejores
Que en el mundo ser podrían,
Do verás muchos vergeles
Do varias flores había;
Frutales no tienen cuenta,
Que verlos es maravilla;
El agua verás correr
Entre las arenas vivas,
Que cualquiera que las bebo
Muy gran gozo en si sentía;
Los cantos de ruiseñores
Al triste dan alegría,
Allí hallarás todo aquello
Que tú demandar sabrias,
Sin que falte cosa alguna;
Y si esto no te venía,
Estas doncellas que ves
Servirte han á la tu guisa;
Aquello que te agradare
Ellas luego lo barían.

Todo aquesto te prometo
Porque tú solo á mí sirvas,
Y galardón de mí habrás
Que el tiempo te lo diría :
De cuantos á mí han servido
Ninguno se arrepentía.—
Yo por salir de aquel valle
Que tanto me entristecía,
Fuíme con esta que cuento
Y con las que le seguían.
Salido que hubimos d'él
Un llano se parecía
De mil yerbas matizado,

Fresco cuanto ser podría,
Y á una parte d'este llano
Un alta sierra se vía
Muy difícil de subir :
Espanto pone á la vista.
Ya estábamos cerca d'ella,
Dos sendas se descubrían,
La una va al aposento
D'esta dueña con quien iba,
La otra guía á la sierra,
Lo cual muy claro se vía.
Yo, parándome á mirar
La contrariedad que había
En la entrada diferente
De aquellas dos sendas dichas,
Una vieja muy rugosa
Vi la sierra descendia :
Un bordon trae en la mano
Con que el cuerpo sostenía;
Vestida de paños viejos,
Hablando entre si venía.
Esotra dama hermosa
La su cabeza volvía
Hacia á mí, y desque me vido
Muestra de enojo hacia.
Conoci que le pesaba
Porque allí me detenía.
Acercóse mas á mí
Y de la mano me asia,
Diciendo : — ¿Qué estás mirando
A aquella vieja maldita?
Acaba, no te detengas
Si gran daño no querías :
Entra por esta mi senda,
Que es muy ancha y muy lucida,
Deja esotra, que es angosta,
Pocos por ella caminan.—
Estando en estas razones
La vieja legado había,
La voz ronca y muy temblosa
Y en los sus pasos tardía.
Un manto hasta los ojos
De luto negro traía;
Tan triste estaba y llorosa,
Que miralla era mancilla.
Sentóse luego en el suelo,
Que estar en pié no podía;
Hablóme d'esta manera,
Y lo que sigue decía :
— Desque te vide venir
Desde aquella sierra arriba
En compañía de aquesta
Dama de gran lozania,
De ti hube compasion,
Y á avisarte me movía,
Porque conozco el engaño
Y su grande alevosía,
Cuyo oficio es destruir
A los que d'ella se fian.
Por eso he yo aquí venido
Por ver si aprovecharia
En estorbarte el camino
A que aquesa te convida.
Húyelo, que es peligroso,
Aunque bueno parecia;
No te engañen sus promesas,
Que son llenas de falsía,
Que despues de sus placeres
Llanto se te seguiría.
No creas su mocedad,
Cree en la mi ancianía;
Camina por do yo vine,
Que á ti mucho convenía.
A la sierra subirás,
Muy difícil te sería;
Hallarás en el camino
Asperezas y fatigas,
No ternás descanso alguno
Hasta llegar allá arriba.

T. XVI.

Si tan esforzado fueres
Que baste tu valentía
A sufrir tantos trabajos
Cuantos se te ofrecieran,
Despues de haberlos sufrido
Por premio gloria ternias,
Que es debido galardón
A los que á virtud se arriman.
Allí verás unos campos,
Que es perpetua su alegría,
No caduca y transitoria
Como la que ternán hoy día
Los que engañados de aquesta
A rienda suelta corrian
Por los vicios, que es camino
Muy ancho á su fantasia;
Mas despues lo ven angosto,
Donde su error conocian,
Cuando no pueden volver
A tomar contraria vía.
Yo he dicho lo que te cumple
Y lo que te dañaría :
Fíate de mis palabras,
Que como digo sería.
Conozco que estás dudoso
A cuál de nos seguirías,
Yo fea, y aquella hermosa,
Contrarias á maravilla;
Su senda ancha, la mia angosta,
La suya alegre, y la mia
Tal como te la he pintado;
Aunque si muy bien lo miras
Conocerás claramente
Por los fines que tenían
Ser alegre lo que es triste,
Triste lo que da alegría.
Tú sigue la que quisieres
Y la que mas te convida.—
Despues que hobo esto dicho
Para su sierra se iba.
Oidas ambas las partes
El corazon me tremía,
Porque como era mancebo
Mi juicio no sabia
Discernir en dos contrarios
Aquello que mas valía.
Gran rato estuve pensando
Sin que nada me ocurria;
Al fin me determiné
Ya cerca de mediodía
Por no estar mas tiempo ocioso
En camino me ponía.
Fuí derecho de la sierra
Do á la vieja visto había;
Alcancéla en poco rato,
Toméla por compañía :
Conoci ser verdadera
En lo que dicho tenía.
Trabajos no me faltaron,
Muchos afanes sufría;
Por ser áspero el camino
Muy muchas veces caía;
La vieja me levantaba,
Confortábame, y decía :
— Poco nos queda que andar,
No te espante lo que vayas;
Sé constante en el camino
Que comenzado tenias.—
Yo esforcéme cuanto pude,
Y, aunque con grande fatiga,
Allegamos á la cumbre
De la sierra en pocos días.
Desque allá arriba estuvimos
No con pequeña alegría,
Abri mis ojos y vide
Cosas de gran maravilla.
No las podré yo explicar,
Ni declararlas sabría;
Mi corazon consolaban,

28

Gozábase el alma mía.
Desde allí estuve mirando
Que muy bien me parecía,
El fin de aquella otra senda
Donde infinitos plañían,
Engañados ya de aquella
Que á mi engañarme quería.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

Este romance pertenece á la clase de alegóricos doctrinales.

1399.

RESEÑA DE VARIOS POETAS SEGUIDORES DE AMOR.

(Anónimo¹.)

Ya cabalga el dios Cupido
A Vénus besar la mano,
Acompañándole siguen
Héctor y París troyano,
Persio, Ovidio, Juvenal
Y Virgilio mantuano,
Juan de Mena cordobés,
El de Encina cortesano,
El Bartolomé de Torres,
Garcí Sanchez el galauo,
Y Garcilaso, y Boscan,
Montemayor lusitano,
Burguillos y Castillejo,
Y Sandóval el murciano.
Todos cabalgan en mula,
Cupido en caballo ufano;
Todos van de amor heridos,
Cupido desnudo y sano;
Todos de lauro coronas,
Cupido de oro greciano;
Todos espadas ceñidas,
Cupido el arco en la mano,
Con una aljaba y saetas
Aceradas de Vulcano.
Allá guia su camino,
A ese reino valenciano,
Porque allí reside Amor,
Allí vive mas tirano;
Allí Vénus tiene cortes
En invierno y en verano.
A recibirle han salido
En un verde y fresco llano,
Don Gaspar de Romani,
Don Manuel Fernando, humano,
Don Alonso Rebolledo,
Mancebo en saber muy cano,
Ese Don Luis de Milan,
A la música cercano,
Marco Antonio y Pellicer,
Samper discreto y anciano,
Gil Polo, Espinosa, Perez,
Con Arcaina, ciudadano,
Almodóvar, Timoneda,
De poesía comarcano,
Y en ver á Cupido, aquellos
Que le tuvieron por vano,
Sirviéronle de bonete
Y de verso castellano,
Y cantando esta canción,
Al camino dieron mano.

ancion por deshecha y fin del romance.

Amor, sin amor, amor,
Quien te sirve se avergüence,
Y sepa el no sabidor
Que el que mas huye te vence.

(TIMONEDA, *Rosa de amores*. — It. WOLF, *Rosa de romances*.)

¹ Curioso por la reseña de poetas castellanos y valencianos que en él se hace. Es una trova del del Cid, núm. 731, que dice: *Cabalga Diego Lainez*.

1400.

(Anónimo.)

Se estaba mi corazón
En una silla asentado
Circuido de pasión,
De firmeza coronado.
Tres son los mis pensamientos
Que así le tienen cercado:
Al uno llaman Desdicha,
Al otro llaman Cuidado,
Al otro gran Desconsuelo
Para mí, desconsolado,
Que una señora que sirvo
Mis servicios ha olvidado;
Y si yo muero de amores
No me entierren en sagrado.
Háganme la sepultura
En un verdecico prado,
Y dirán todas las gentes:
¿De qué murió el desdichado?
No murió de calentura,
Ni de dolor de costado;
Mas murió de mal de amores,
Qu'es un mal desesperado.

(LINARES, *Cancionero Flor de enamorados*.)

1401.

(Anónimo.)

Por los campos Eliseos,
Do el Amor mas residia,
Sentí por un hondo valle,
Cuando el alba se reia,
Llorar muy amargamente,
Y por ver lo que sería
Apartéme del camino,
Más de temor que osadia.
En esto vide á Cupido
Que en carro triunfal venia;
Seis caballos le tiraban:
El auriga que regia
Era París con Orfeo,
Virgilio con su poesía,
Sin los otros que no cuento
Que iban en su compañía:
Especialmente tres damas
Llevaba de gran valia,
Presas encima del carro
Llorando con agonía,
En una cadena atadas
Qu'el ver lástima ponía.
Y en preguntando el por qué,
Cupido me respondia:
— La una es porque burlaba
De quien con fe la servia;
La segunda, porque á muchos
De amor cara les hacia;
La postrera, que á su amante
La promesa no cumplia;
Y porque tú aviso des
De lo que aquí se hacia,
Di á las damas, que cualquiera
Qu'en estos casos caeria,
Llevaré presa cual estas
A una cárcel do no habia
Luz, deporte, ni descanso,
Ni descanso ni alegría.—
Después qu'esto me hubo dicho
Cupido siguió su via;
Por eso os aviso, señora
De mi alma y vida mia,
No caigais en ningún caso
De aquestos que os repetía.

(TIMONEDA, *Rosa de amores*. — It. LINARES, *Cancionero llamado Flor de enamorados*.)

1402.

(Anónimo.)

Por un valle de tristura,
De placer muy alejado,
Vi venir pendones negros
Entre muchos de á caballo,
Todos con tristes libreas
De sayal no delicado;
Sus rostros llenos de polvo,
Cada cual muy fatigado.
Por una triste espesura
Temerosa se han entrado:
Asentaron su real
En un yermo sin poblado;
Las tiendas donde se albergan
No las cubren de brocado,
Antes por mayor dolor
De negro las han armado.
En una de aquellas tiendas
Hay un monumento alzado,
Y dentro del monumento
Un cuerpo allí sepultado.
Dicen ser de una doncella
Que de amores ha finado,
La cosa mas linda y bella
Qu'en el mundo se habia hallado;
Y ellos todos juntamente
Un pregon han ordenado,
Que ninguno se atreviese,
Ni tampoco fuese osado,
De estar en su enterramiento,
Si no fuese enamorado.

(TIMONEDA, *Rosa de amores*. — It. LINARES, *Cancionero llamado Flor de enamorados*.)

1403.

(Anónimo.)

Fatigada navecilla,
Que al mar te entregas y al viento
De esperanzas y cuidados,
Mucha vela y poco remo:
Tú que pasas felizmente
Tantos golfos de tormentos,
Tantos peligros de agravios,
Tantas tormentas de celos;
Al entrar del puerto embisten
Por una peña, rompiendo
Todo el gobierno, quedando
Sin vela, sin luz ni remo.
¡Amaina, piloto, amaina,
Que con los contrarios vientos
En este mar de hermosura
Se anega mi pensamiento!
Visto el peligro de muerte,
Mil promesas van haciendo;
A su Dios van invocando,
Que amaine tan grande viento:
El artillería toda,
Que con la razon se ha hecho,
Como carga mas pesada
Al hondo se fué primero.
¡Desdichada navecilla!
¡Fatigado marinero!
Que en este golfo de penas
Todo es agua y nada es puerto.

(Romances varios de diferentes autores.)

1404.

(Anónimo.)

Inocente mariposa,
Que te arrojas á las llamas:
Si no has de imitar al Fénix,
Dime, ¿para qué te abrasas?
Si en lo hermoso de tu pompa

No hay ceniza en que renazcas,
No rondes mas el peligro,
¡Mira que te quemas! Basta.
No pretendas por galante
Que tus esperanzas ardan,
Que no han de igualar sus luces
A las que tú pierdas alas.
No desprecies el aviso,
Pues tus rayos te amenazan,
Que es fácil perder la vida,
Y es imposible cobrarla.

(Romances varios de diferentes autores.)

ROMANCES ANACREÓNTICOS.

1405.

(Anónimo.)

Sacó Vénus de mantillas
A Cupido un dia de fiesta,
Y luego al dia siguiente
Manda que vaya á la escuela,
Que quiere la sabia diosa
Que á leer y escribir aprenda,
Porque no piensa dejalle
Otro mayorazgo ó renta;
Que un alnado de un herrero
¿Qué puede tener de hacienda?
Porque vaya mas contento
Comprele cartilla nueva,
Y una cestilla en que lleve
El almuerzo y la merienda.
Llegó á la escuela Cupido,
Y dióle grande tristeza
Ver azotar á un muchacho
Porque la lición no acierta.
El maestro está enojado,
Y en la mano la correa;
A voces dice á los niños,
Que la letra con sangre entra.
Comenzaron á leer:
Cupido á trazar comienza
Cómo poder deslizarse
Antes que á dar lición venga.
Pidió el astuto rapaz
Para ir al campo licencia,
Y en lugar de volver luego,
Fuése en cas de la maestra,
Do vido estar muchas niñas
Sacando diversas muestras.
Cuál está haciendo randas,
Y cuál hace cadenetras;
Cuál está haciendo vainillas,
Y cuál labra castañuelas;
Y las que tanto no saben
Labran lomillos y trenzas;
Entre las cuales estaba
Una niña hermosa y bella,
Que aunque era de poca edad,
En extremo era discreta.
Labraba lisonjas de oro
En lo blanco de una rueda,
Que aunque fuera de fortuna
La tuviera así sujeta;
Y si acaso el oro falta,
Un cabello suyo enhebra;
Que del oro á sus cabellos
No hay conocer diferencia.
Embelesóse Cupido
En mirar tan gran belleza,
Y si acaso quiere hablar,
De sí le desvia y echa;
Y como el niño es burlon,
Burlas comenzó con ella.
La maestra que lo vido
Echóle la puerta fuera;
Porque sabe que sus burlas

Suelen ser pesadas véras,
Y no quiere que en su casa
Desgracia nunca acaezca.
Cupido se fué á la suya,
Y á su madre pide y ruega
Le envíe siempre á labrar,
Y no le envíe á la escuela.
La madre, que conoció
Del pié que el niño cojea,
Con una banda morada
Los ojos le ciñe y venda.
Quiso dalle un nudo ciego
Que desatalle no pueda,
Que por experiencia sabe
Que amor por los ojos entra.

(Flor de romances, 1.ª y 2.ª parte. — It. Flor de
varios y nuevos romances, 1.ª parte. — It. Ro-
mancero general.)

1406.

(Anónimo.)

Puso Vénus á Cupido
Un rétulo en las espaldas,
Por si acaso se perdiere
Le puedan volver á casa.
Dice el blanco pergamino
En unas letras doradas:
«Este niño vive en Chipre,
»En la calle de las Damas;
»Hijo es de Vulcano, herrero,
»Y de la Vénus errada;
»El que lo hallare lo vuelva,
»Que buen hallazgo le manda.»
Con esto á la escuela fué
Con una cesta de palma,
Donde llevaba el almuerzo
Y la cartilla llevaba.
Sentóse con otros niños
Sobre la dorada aljaba,
Una flecha por puntero
Que apenas el papel rasga.
Y sobre dar la lición
Mal sabida y no estudiada,
Azotóle su maestro
Con una cuerda de lana.
El niño con el enojo
No se fué derecho á casa;
Mas con otros rapacillos
Se fué á pescar á la playa,
Donde faltádoles cuerda,
De los cabellos arranca
Algunas doradas hebras,
Y de dos en dos las ata.
Uno de ellos quita luego
El reguilete á su caña,
Y echando al agua la cuerda
No pesca en dos horas nada.
Cayó en ello el mas discreto,
Y prometió, si le daba
La mitad del primer lance,
Le prestaría dos cañas.
Así le fué prometida,
Y puesto el cebo, esperaba.
En este tiempo dos niñas
Que en sus cristales nadaban,
Viendo los rubios cabellos,
El cabo de ellos desatan,
Y las perlas que traían
Una prende y otra ensarta.
Sienten los niños el peso,
Y el lance entre los dos sacan;
Y en esto el niño tardóse
Y la noche oscura baja.
Andaba despues llorando;
Llévanle derecho á casa
Por las letras conocidas,
Donde su madre le aguarda.

Azotarle quiere Vénus,
El replicaba: — Ya basta,
Madre mia, que el maestro
Me azotó por la mañana.
Que se pierda un niño, madre,
No es maravilla tan alta.
Que tambien se perdió Elena
Por interes de una rama.
Pues Elena se perdió
Por unas manzanas falsas,
No es mucho que por las finas
Perdido una hora me traigan.
Mas si agora no me azota,
Le diré un ardid y maña
Para pescar corazones,
Que ya tan raros se hallan.
Sepa, madre, que no pesca
Anzuelo á quien cebo falta;
Ponga dinero en la flecha,
Y podrá pescar las almas. —
La madre, viendo el consejo,
Azote y mano levanta,
Y desde entónces no pesca
Ménos que con oro y plata.

(Flor de romances, 1.ª y 2.ª parte. — It. Flor de
varios y nuevos romances, 1.ª parte. — It. Ro-
mancero general.)

1407.

(Anónimo.)

Por los jardines de Chipre
Andaba el niño Cupido,
Entre las rosas y flores,
Jugando con otros niños:
Cuál trepa por algun sauce,
Presumiendo buscar nidos;
Cuál cogiendo el fresco viento
Por coger los pajarillos;
Cuál hace jaulas de juncos;
Cuál hace palacios ricos
En los huecos de los fresnos
Y troncos de los olivos.
Cuando cubiertas de abejas
Halló el travieso Cupido
Dos colmenas en un roble
Con mil panales nativos,
Metió la mano el primero
Llamando á los otros niños;
Picóle en ella una abeja,
Y sacóla dando gritos.
Huyen los niños medrosos,
El rapaz pierde el sentido;
Vase corriendo á su madre,
A quien lastimado dijo:
— Madre mia, una abejita,
Que casi no tiene pico,
Me ha dado mayor dolor
Que pudiera un basilisco. —
La madre, que lo conoce,
Vengada de verle herido
De cuando la hirió de amores
De Adónis, que tanto quiso,
Medio riendo le dice:
— De poco te admiras, hijo,
Siendo tú y esa avecica
Semejantes en el pico. —

(Flor de romances, 1.ª y 2.ª parte. — It. Flor de
nuevos y varios romances, 1.ª parte. — It. Ro-
mancero general.)

1408.

(Anónimo.)

Llegó á una venta Cupido
A la mitad del invierno,
Las alas todas mojadas,
Roto el arco y muerto el fuego.

Viéndole tan destrozado
Dijo el bueno del ventero:
— Hermanito, no hay posada;
Pique, que cerca está el pueblo. —
Bien quisiera su vengauza
Ponella luego en efecto;
Mas como se vió sin armas,
Probó palabras y ruegos:
Dijole como era hijo
De la bella diosa Vénus,
A cuyo cetro y corona
Todo el mundo está sujeto.
Mas como la cortesia
Jamás cupo en bajo pecho,
Haciendo burla del niño
Responde con menosprecio:
— ¡Para ser hijo de reina
El trae muy bellaco pelo!
Y aquí no hacemos nada
Por amor, y sin dinero.
Sepa, si tuvo poder,
Que ya se pasó aquel tiempo
Cuando cantaban sus triunfos
Con discantes á lo viejo:
Cuando por ver á su dama
Iba el otro majadero
Hecho pez á media noche
Nadando de Abido á Sexto;
Aunque mejor que tanta agua
Fuera una azumbre de añejo,
Y echarse en su cama á nado,
Y saliera salvo á puerto.
Aunque en medio de las olas
Halló de su mal remedio,
Pues bebió tal parte de ellas,
Que apagó de amor el fuego.
Y tambien el otro bobo
Del babilónico suelo,
Que porque halló roto el manto,
Rompió con su espada el pecho;
Y luego la necia Tisbe,
Añadiendo yerro á yerro,
Se mató, queriendo echar
La sogá tras el caldero.
Y si no ve aquestas cosas,
Sepa que es porque está ciego;
Desatátese los ojos,
Verá la razon que tengo. —
Cupido entre aquestas burlas
Fué las véras conociendo,
Y de aquí adelante puso
Nueva ley y otro uso nuevo;
Y es tan discreto, que tiene
Ménos costa y mas provecho.
Y tambien manda á las damas
Que en su amor hagan concierto,
Y que tengan sus medidas
Conformes á cada precio;
Y que al amante que diere
No le envíen descontento,
Y al que no diere, le digan
Lo que le dijo el ventero:
— Hermanito, no hay posada;
Pique, que cerca está el pueblo. —

(Flor de romances, 1.ª y 2.ª parte. — It. Flor de
varios y nuevos romances, 1.ª parte. — It. Ro-
mancero general.)

1409.

(Anónimo.)

Amedrentado Cupido
De los azotes de escuela,
Huyó porque oyó decir
Que entran con sangre las letras.
Y viendo que de su casa
Le despide la maestra,
Y por pescar en la playa

Su madre azotarle quiera,
Y en los jardines tambien
Le picaron las abejas.
Y que no le dan posada
Por llegar pobre á la venta,
Sintiéndose despreciado,
Sin habilidad ni renta,
Determina de tomar
Oficio que le entretenga.
Y siendo amigo de dulce,
Que es el blanco adonde asesta,
Como era niño y rapaz,
Alicionóse de nieblas.
Hizo un castillo de palma
Quien cesto de palma lleva,
Con el juego de ventura
Encima de la tableta.
El arco puso por hasta,
Y una flecha por saeta,
Gritando suplicaciones
Quien á suplicar sujeta.
Y viéndole tan bonito,
Llamáronle de una reja
El Interes y una dama,
Y el niño con los dos juega.
Jugó el Interes de mano,
Que en todo la mano lleva,
Y echó la suerte la dama,
Y ella tira la moneda.
Anduvo Cupido azar,
Que no acierta suerte buena,
Por ser incierto su juego,
Y su pérdida muy cierta.
Dentro de pequeño rato
El Interes le pela,
Y dando mate en perder,
Vino á rematar la cesta.
Tomó el Interes el arco,
Quedó con la palma y flecha,
Con que para mas reinar
Fué su ventura deshecha;
Y dándole, como dicen,
Con la cesta en la cabeza,
Triunfando de sus despojos
Hace y deshace la guerra.

(Flor de romances, 1.ª y 2.ª parte. — It. Flor de
varios y nuevos romances, 1.ª parte. — It. Ro-
mancero general.)

1410.

(Anónimo.)

Topáronse en una venta
La Muerte y Amor un dia,
Ya despues de puesto el sol,
Al tiempo que anochece.
A Madrid iba la Muerte,
Y el ciego Amor á Sevilla,
A pié, llevando en los hombros
Sus caras mercaderías.
Yo pensé que iban huyendo
Acaso de la justicia,
Porque ganan á dar muerte
Entrambos á dos la vida.
Y estando los dos sentados,
Amor á la Muerte mira;
Y como la vió tan fea,
No pudo tener la risa;
Y al fin le dijo riendo:
— ¡Señora, no sé qué os diga,
Porque tan hermosa fea
Yo no la he visto en mi vida! —
Corrida la Muerte de esto,
Puso en el arco una vira,
Y otra en el suyo Cupido,
Y hácia fuera se retira.
Con un lanzon el ventero
De por medio se metía,

Y haciendo las amistades,
Cenaron en compañía.
Fuéles forzoso quedarse
A dormir en la cocina,
Que en la venta no había cama,
Ni el ventero la tenía.
Los arcos, flechas y aljabas
Dan á guardar á Marina,
Una moza que en la venta
A los huéspedes servía.
Aun no había amanecido,
Cuando Amor se despedía;
Sus armas al huésped pide,
Pagando lo que debía.
El huésped le da por ellas
Las que la Muerte traía;
Amor se las echó al hombro,
Y sin mas mirar camina.
Despertó despues la Muerte
Triste, flaca y desabrida;
Tomó las armas de Amor,
Y tambien hizo su guía,
Y desde entonces acá
Mata el Amor con su vira
Mozos que ninguno pasa
De los veinte y cinco arriba.
A los ancianos, á quien
Matar la Muerte solía,
Agora los enamora
Con las saetas que tira.
;Mira cuál está ya el mundo,
Vuelto lo de abajo arriba!
Amor por dar vida mata;
Muerte por matar da vida.

(Flor de romances, 1.ª y 2.ª parte. — It. Flor de varios y nuevos romances, 1.ª parte. — It. Romancero general.)

1411.

(Anónimo.)

Licencia pide Cupido
A Venus su madre amada,
Para entrar en unas fiestas
Con los moros de Granada.
Dicele: — Madre, deseo
Tirarme cuatro ó seis cañas
Con los francos Bencerrajes,
Y con Muza el de Daraja.
«Morico, á las cañas,
»Pasa al Amor con ellas las entrañas.»
Por ver si al brazo temido
Las adargas bandeadas
Hacen igual resistencia
Que suelen hacer las almas.—
Venus le responde: — Hijo
Salido de mis entrañas,
De que te huelgues me huelgo;
Con tu gusto me regalas.
«A las cañas, moro,
»Rompe al Amor el arco y flechas de oro.»
;Piensas que es alcanzar nidos
Saber traer el adarga,
Y aperebilla á aquel tiempo
Que el contrario desembraza?
No pienses que en los jardines
De Chipre entre flor y ramas
Andas con los otros niños
Tejiendo bellas guirnaldas.
«Morico, á las cañas, etc.»
— Siempre lo tuvistes, madre,
;Bárme respuesta pesada,
Al tiempo que de mi gusto
Llevo las velas hinchadas.
Llevo tres caballos negros,
Uno turco y dos de España:
Los de España para el juego,
Y el turco para la entrada.

«A las cañas, moro, etc.»
De Bernardo el castellano
Llevo la lanza y adarga
Con que en la de Roncesvalles
Rompió á los Doce de Francia.
Concluyo con que sin duda
Me veréis en Vivarambla,
Donde estará mi persona
Fuerte, bizarra y gallarda.
«Morico, á las cañas,
»Pasa al Amor con ellas las entrañas.
»A las cañas, moro,
»Rompe al Amor el arco y flechas de oro.»

(Flor de romances, 4.ª y 5.ª parte. — It. Romancero general.)

1412.

(Anónimo.)

Entre unos tajados riscos
Que casi el cielo sustentan,
De do el sol mas tarde parte,
Y á do mas temprano llega;
Tan escabrosos que de ellos
Un árbol solo no cuelga,
Cuyas cuevas y resquicios
Son de los venados cuevas;
En medio de un campo raso,
Sin verdura ni arboleda,
A la sombra de una encina
Seca, sin ramas y hueca,
Está Lucindo pasando
Una calurosa siesta,
Burlándose de Cupido,
De su arco y de sus flechas,
Diciendo: — Niño, á tu madre
Que te empañe y que te envuelva,
Que no es razon que los niños
Con los hombres se entremetan.
Porque ;no ves, ceguezuelo,
Que si te tapan y vendan,
Es para jugar contigo
A la gallinilla ciega?
;Qué es de mi mando y poder?
;Y tu poder, mando y fuerza?
Deja las flechas y el arco
Antes que te dejen ellas.
Dejote Alcida, y á mí
Por no temerte me dejan;
Mas huélgome, que esta vez
Acabo contigo y ella,
Y que viviré contento
Entre estos riscos y peñas;
Pues cuando puedas, no es tanto
Que llegues acá á las sierras.—
Estando en esto Lucindo,
Volvió á la mano derecha,
Porque le estorbaba un rio
De no proseguir sus quejas.
Vió lidiando sus dos mansos,
Cómo se topan y encuentran
Por ciertos celos causados
Del amor de unas ovejas.
Turbado dice el pastor:
— ;Ay, amor, basta aqui llegas!
Ahora digo que eres dios,
Pues ni á los buenos no dejas.
Perdona mi libertad,
Pues solo pequé en la lengua,
Y es grandeza perdonar
A quien te lo pide y ruega.
No uses de hoy mas tus burlas;
No hagas burlas mis véras;
Y pues me ha olvidado Alcida,
Haz que á su memoria vuelva.

(Romancero general.)

1415.

(Anónimo.)

Aquel monstruo alado y fiero
Que el aire volando rompe,
Niño tierno y delicado
Para quien no le conoce;
Fuego que parece hielo,
Oro que parece cobre,
Tirano de libertades,
Y libertad de traidores;
El que no perdona á reyes,
Y el mayor rey de los hombres,
Menospreciando la tierra,
Hirió al mayor de los dioses:
A Júpiter en su cielo
Con su flecha enamoróle
De la hija de Agenor,
El rey del Libano monte.
Orilla el fenicio mar
Bajó al suelo, y transformóse
En el mas gallardo toro
Que vió Jarama en su bosque.
De la color del jacinto
El cuerno tuerce y compone,
Que al sol pudieran ser rayos
Que estaba en el Tauro entonces.
La frente remolinada,
La piel de color de bronce,
Como esmeraldas los ojos,
La nariz ancha y conforme.
Boca abierta y corto cuello
Que con arrugas encoge;
Blanco el cerro como armiño,
El aspecto humilde y noble;
Las armas del rey por hierro,
Una coronada torre,
Aunque en el alma al toro
Se estampa de Europa el nombre.
Ella corre por la playa,
Que entre sus doncellas corre:
El toro dios se le ofrece,
La luz y el engaño esconde.
El toro pace y contempla
Los dos orientales soles,
Paciendo la verde yerba
Donde ella las plantas pone.
Europa al toro miraba
Manso, humilde, alegre, y vióle
Rumiando sus pensamientos
Entre la yerba que come.
Quiso allegarse atrevida;
Llegó cerca y espantóse:
El toro, como es astuto,
Por asegurarla echóse.
Ella entonces con un puño
De verde yerba llamóle,
Que á veces es la mujer
Mas atrevida que el hombre.
El toro tomó la yerba,
Y porque el alma la goce,
Guardóla entera en el pecho
Por esperanza y favores;
Que la parte de animal
No permite que la toque,
Porque, quedándose verde,
A su tiempo diese flores.
Y lamiéndole las manos,
A sus piés se humilla y pone
Tanto, que á la ninfa obliga
A que los cuernos le tome.
Con deseo de subir
(Para virginal muy torpe)
— ;Derribarásme? — le dice:
Y el toro, que no, responde.
Probó su domesticidad
Con una vara de roble,
Y viéndole estar tan quedado,
Encima subió y picóle.

El toro muy poco á poco
Al mar se llega de un golpe;
Entre las ondas se arroja,
Sin que sus aguas le enojen.
Rindióse el agua á su fuego,
Y al fin pasó á Creta, donde
Gozó aquella, que dió á Europa,
Con el suyo, inmortal nombre.

(Romancero general.)

ROMANCES URBANOS DE AMOR.

1414.

(Anónimo, acabado por Quiros.)

Amara yo una señora,
Y améla por mas valer:
Quiso mi desventura
Que la hobiese de perder.
Irme quiero á las montañas
Y nunca mas parescer,
Y en la mas áspera d'ellas
Mi vida quiero hacer
Tan triste, que no se halle
Conmigo ningun placer,
Porque mis graves dolores
Puedan con tino crescer.
Con los animales brutos
Me andaré triste á pascor:
Paciencia, si la hallare
Me habrá en esto sostener,
Pues vida con tanta gloria
No la pude merecer;
Que la muerte merecida
Me deja, por no me ver
Tan penado y tan perdido,
Que su mal no puede ser
El menor mal que yo tengo,
Ni se puede mas temer:
Y así voy donde no espero
Por mas mal, nunca volver.

Villancico y deshecha del romance.

«;Qué vida terná sin vos,
»Señora, si mas viviere
»Quien os vió, cuando n'os viere?»
;Qué vida será que sea
Menor mal, que morir luego,
Pues sin vos vivirá ciego
Quien os vió, cuando n'os vea?
«No terná vida sin vos,
»Señora, si mas viviere
»Quien os vió, cuando n'os viere.»

(Cancionero general. — It. Aquí se contienen cuatro romances viejos, y este primero es de Don Claros, etc. Pliego suelto. — It. Cancionero de romances.)

1415.

(De Diego de San Pedro⁴.)

Reniego de tí, Amor,
Y de cuanto te servi,
Pues tan mal me agradeciste
Cuanto hice yo por tí.
Hicete de firme fe,
Causa en el alma de mí:
Por hacerme todo tuyo
Yo de mí me despedí:
Por ganar tus galardones
Nunca yo libre me ví.
Hicistes mis enemigas
La mercedes de tu sí:
Siempre vi por tus antojos
Claro el mal que padesci.

(Cancionero general. — It. Cancionero de romances.)

⁴ Es una trova del romance viejo, num. 334, Domingo era de Ramos, desde donde dice: Reniego de tí, Mahoma.

1416.

(El comendador de Avila.)

Descúbrase el pensamiento
De mi secreto cuidado,
Pues descubren mis dolores
Mi vivir desesperado,
Que una señora que sirvo,
Mi servir tiene olvidado:
Con mi muerte su servicio
Ha de ser galardonado.
Si días me ha dado tristes,
Las noches nunca he holgado;
Su beldad me hizo suyo;
Hermosa es en tanto grado,
Qu'en su gesto muy hermoso
El de Dios esta esmaltado:
De sus gracias excelentes
Todo el mundo está espantado:
Su crueldad está secreta
Y mi mal muy publicado.
¡Dolor de mí, que me veo
Suyo de fuerza y de grado!
¡Ay de mí, que la miré
Para vivir lastimado!
Triste ya sin esperanza,
Loco amador desamado,
Aborrecido cativo,
Mas que todos desdichado,
Pues que no sé desamar,
¡Por qué fui enamorado,
Para llorar y plañir
Glorias del tiempo pasado?
Para pesar y dolor
Siempre tener acordado.
Ningun remedio, ventura,
Para mi mal has dejado:
Consejos me han hecho triste,
Consuelos, desconsolado,
Con los muertos ando vivo,
Y con los vivos finado.
¡Ved si vieron los nacidos
Vida de hombre mas penado!
La sepultura fállese
Qu'el vivir es acabado;
Dádsela, señora, vos,
Pues la muerte me habeis dado;
Sed piadosa en mi morir
Pues mi vida os ha enojado,
Y mandad poner encima
Por armas y por ditado
De letras negras escritas:
«Aquí yace sepultado
»Quien murió, y cuyo servicio
»Nunca le vieron mudado.»

(Cancion por deshecha.)

«Consoláos, males esquivos,
»Con mi mal,
»Pues nunca vieron los vivos
»Otro tal.»
Consoláos, pues sois aquel
Conocido,
Que por ser quien es cruel
Soy perdido.
Secretos males altivos,
No hay mas mal,
«Pues nunca vieron los vivos
»Otro tal.»

(Cancionero general.—It. Cancionero de romances.)

1417.

(De Durango.)

Mudádose ha el pensamiento,
Trocado la voluntad,
Puesto la fe qu'era vuestra
En otra catividad,
No de amor, que amor no tiene

Ninguna certenidad;
Y puesto que la tuviese
No tengo yo libertad
Después que fué mi firmeza
Presa de vuestra beldad;
Mas en su grave prision
Por vuestra grande crueldad,
De triste desesperanza
Sin ninguna piedad.

(Cancionero general.—It. Cancionero de romances.)

1418.

(De Don Pedro de Acuña.)

Alterado el Sentimiento
De ejercicio enamorado,
A las puertas del Dolor
El Pensamiento ha llegado.
—Abri, que so el Pensamiento,
Que vengo muy aquejado,
Aquejado de la muerte,
No forzosa, mas de grado;
Que tal muerte, vida es ella
Para quien tanto ha penado.
La muerte será la vida,
La vida será el cuidado,
El cuidado de servir
Donde estoy mas olvidado:
Olvidado en la memoria
De quien nunca fui acordado.
Acuérdomme de mi mal
Qu'el bien jamas he probado,
Sino solo haber servido
Una señora d'estado,
Que lo ménos que hay en ella
Era lo mas acabado
Que natura y su poder
Pudieran haber obrado.
No digo su merecer,
Porqu'está muy publicado;
Diré mi triste ventura,
Qu'en mi su nombre ha trocado.

(Cancionero general.—It. Aquí se contienen cuatro romances, y este primero es de Don Claros de Montalvan. Pliego suelto.—It. Cancionero de romances, etc.)

1419.

(De Bregondo.)

En el tiempo que Cupido
Su guerra mas encubria,
Y el resplandeciente Apolo
De su vista nos desvia,
Cuando el su noveno huésped
De si ya lo despedia,
Aquel domador de Aquiles
Que sus saetas l'envia;
Quince jornadas pasadas
Del mes que mas descrecia,
Quinientas y treinta vueltas
Y otras tres dado habia,
Y aquel que muerto viniendo
Nueve golpes ya sufria,
Cuando en la cola de pez
Apolo habitar queria:
Entónces mi corazon
En libertad se sentia,
No curando del amor,
Que nadie no le dolia:
No lo habiendo conocido,
Ni aun de sus mañas sabia,
El cual, como después supe,
Muy gran odio me tenia;
Acordó de hacer campo
Viendo que se le ofrecia,
Y envió sus caballeros
Los que demas se servia:

Viviendo penada vida,
Mas penada la procura,
Que los corazones tristes
Quieren mas ménos holgura.

Villancico del fin.

«—¿Quién te trajo, caballero,
»Por esta montaña oscura?
»—¡Ay, pastor, que mi ventura!»

(ENCINA, Cancionero.)

1421.

(De Bartolomé de Torres Naharro.)

Hija soy de un labrador,
Nacida sobre el arado,
Criada so los olivos,
Crecida tras el ganado.
Careando una mañana
Las ovejas del vedado,
Solos dos por mi reposo,
Las que Dios me habia dado,
Que Alegria y Libertad
Por nombres las he nombrado,
Se me perdieron allí
Por suerte de mi pecado,
Que comian en mis haldas,
Venian á mi llamado.
Sin partir el pan con ellas,
No comiera yo bocado:
D'ellas era lo mejor,
Cuando habia un verde prado;
Si claras fuentes habia,
Nunca las han deseado:
Santiguábase yo el agua
Con amor desengañado;
So las frescas solombreras
Las siestas las he guardado,
Las mañanas y las tardes
A pacer las he sacado.
Compréles dos cencerrillas
Que la vida me han costado;
Con cuerdas de mis cabellos,
Los que tanto yo he preciado,
Un día de San Anton,
Que mal me las ha guardado,
Se las puse de los cuellos:
Hame nada aprovechado.
Poco vale diligencia
Contra el mal predestinado;
Lo que ha de ser una vez
No puede ser estorbado.
Tornéme en fin congojosa
Llorando mi mal recado,
Y en llegando á mi cabaña
Vi mi fin aparejado.
El zurrón hice pedazos,
Y en el fuego eché el cayado;
Saqué los rubios cabellos
De mi grosero tocado,
Tirando cuanto podia
Yo los puse en mal estado;
Hice las manos verdugos
De mi gesto delicado;
Mis dos ojos con pesar
En dos ríos se han tornado,
Y el corazon en el cuerpo
De rabia fué traspasado.
Con mis gritos y alaridos
El valle estaba espantado;
Por flaqueza de natura,
No por falta de cuidado,
Yo me dormí de cansada
Dende gran rato pasado.

(TORRES NAHARRO, La propaladia.—It. Romances compuestos por Bartolomé, etc. Pliego suelto.—It. Cancionero de Romances.)

Cuidado, Dolor y Enojos
Y Pena que los seguia,
Los cuales llegan á mi
Que d'esto nada sabia,
Y cercanme al rededor,
Que fuirles no podia:
Luego me quitan las armas,
Las que conmigo tenia,
Placer y Contentamiento:
Robáronme l'alegría;
Atado de piés y manos,
Que moverme no podia,
Y llévanme á una gran casa
Dond'el Amor se acogia.
Vi qu'entrando por la puerta
A rescibir me salia,
Mostrándome un fiero rostro,
De que gran temor habia;
Con saeta dulce y dorada
El corazon me rompia;
Y metíome en tal prision
Cual jamas yo visto habia.
Tristeza es la carcelera,
Que de mi cargo tenia,
Esperando allí el remedio
Que mi ventura m'envia.
Si remedio venir quiere
Mi desdicha lo desvia;
Desviado de tal modo
Qu'en mi causa mas porfia.
El Amor por mas penarme
Desesperacion m'envia,
Qu'en lugar de consolarme
Doblado mas me afligia.
Estando en esta pasion
La Muerte me desafia,
Y el Amor por sustentarme
Detiénela cada dia.
Ni yo quiero ver tal gloria,
Pues que no la merecía,
Qu'en morir en tal demanda
Gran victoria alcanzaria.
Consuélame la memoria,
Que otro consuelo no habia,
Ni hay quien de mi mal se duela,
Ni le duele á quien podria.

(Cancionero de romances.)

1420.

EL AMADOR PENADO.

(De Juan del Encina.)

Por unos puertos arriba
De montaña muy oscura
Caminaba un caballero
Lastimado de tristura:
El caballo deja muerto,
Y él á pié por su ventura,
Andando de sierra en sierra
De camino no se cura.
Huyendo de las florestas,
Huyendo de la frescura,
Métese de mata en mata
Por la mayor espesura.
Las manos lleva añudadas,
De luto la vestidura,
Los ojos puestos en tierra
Sospirando sin mesura;
En sus lágrimas bañado,
Mas que mortal su figura;
Su beber y su comer
Es de lloro y amargura,
Que de noche ni de día
Nunca duerme ni asegura,
Despedido de su amiga
Por su mas que desventura.
A haberle de consolar
No basta seso y cordura: